

Novela

Daumal: ser, límite y delirio

René Daumal

**El monte
análogo**

Traducción de
María Teresa
Gallego.
Epílogo de Clara
Janés

ATALANTA
177 PÁGINAS
18 EUROS

JORDI GALVES

Descubrí a René Daumal (1908-1944) entre los confidentes de Salvador Dalí, entre los seguidores de la patafísica de Alfred Jarry, de las iluminaciones de Rimbaud, entre los experimentadores de las drogas psicotrópicas, entre los buscadores de las revelaciones místicas de los gurús que tanto abundaron hasta la derrota del nazismo. Sin duda, la llama de su atormentada infancia, llena de insomnio y terrores, el fuego de su angustia juvenil poblada de obsesión por la muerte y delirios psicóticos, no podía aplacarse con algo tan inflamable como el esoterismo vagamente positivista de su abraçadabrante maestro George Gurdjieff, un individuo muy a la moda en el París de esos años y que también influyó en la escritora neozelandesa Katherine Mansfield. Auténtica tea humana, Daumal se consumió en la búsqueda de verdades reveladas y certeras, de un improbable conocimiento absoluto y redentor que calmara su espíritu, colmara su deseo de plenitud y de armonía, de perfección absoluta. Mientras otros, como su compañera de cuitas espirituales Simone Weil, nunca perdieron la conexión con la realidad ni la responsabilidad para sí mismos, Daumal se agotó en una exploración radical, convencido de la existencia de “hombres de categoría superior que tenían las claves de todo cuanto nos supone a nosotros un misterio”, lejos naturalmente de lo que “la gente, pobrecilla, llama su *sentido común*”.

Semejanzas con Julio Verne

Ésta es la historia de un científico iluminado que supone, por las leyes de la analogía, la existencia –aún no descubierta– de una cumbre mucho más alta que el Everest en la cual, como en el Sinaí, encontrará las respuestas a todas las preguntas del alma humana. Tras esta hipótesis marcharán ocho aventureros, embarcados en el buque *Imposible*. Es frecuente comparar sus novelas con Julio Verne y cierto es que utiliza la metafísica como materia de un relato de aventuras del mismo modo que Verne lo hizo con la física. Sus libros son bellos y tristes, a menudo imposibles pero muy interesantes como los de Antonin Artaud; hay en ellos el encanto, la simpatía de lo chiflado, la pasión por lo épico, el escalofrío de lo misterioso. Su poesía fue celebrada no en vano por Valéry y Gide ya que, a pesar de toda su sinrazón, jamás es un galimatías, ni un palabriso embriagado de la vanidad de la que hoy adolece, sin ir más lejos, cierto ensayo francés que tan bien imitamos aquí y sin perspectiva. Daumal también se burla, con descaro, de esta manera vacía de escribir: “Aunque la tríada posible-imposible-aventura pueda considerarse como inmediatamente fenomenizable y, en consecuencia, como fenomenizante en relación a la primera tríada ontológica, no es sino una condición –epistemológica, a decir verdad– de un reversus dialéctico cuyo contenido prediscursivo no es otro que una toma de posición histórica que implica...”. Esto da risa, pero no conocimiento. |